

Padre Alberto Hurtado:

Profeta de hoy para América Latina



P. Renato Poblete Barth, S.J.

Oración Padre Hurtado

PADRE ALBERTO HURTADO

Apóstol de Jesucristo,
servidor de los pobres,
amigo de los niños
y maestro de juventudes,
bendecimos a nuestro Dios
por tu paso entre nosotros.

Tú supiste amar y servir.
Tú fuiste profeta de la justicia
y refugio de los más desamparados.
Tú construiste con amor
un hogar para acoger a Cristo.

Como un verdadero padre,
tú nos llamas a vivir la fe
comprometida, consecuente y solidaria.

Tú nos guías con entusiasmo
en el seguimiento del Maestro.
Tú nos conduces al Salvador
que nuestro mundo necesita.

Haznos vivir siempre contentos
aun en medio de las dificultades.
Haz que sepamos vencer el egoísmo
y entregar nuestra vida a los hermanos.

PADRE HURTADO,
HIJO DE MARÍA Y DE LA IGLESIA,
AMIGO DE DIOS Y DE LOS HOMBRES,
RUEGA POR TODOS NOSOTROS.

Amén.



“Este amar la tierra me hará amar también todo lo de la tierra para la Iglesia. Yo quiero que la Iglesia exista, viva, prospere, sea estable y digna. Por eso forma parte de mi ministerio no sólo bautizar, sino también educar, sanar, mejorar, elevar el nivel. Que tenga ambiente digno y respetable, que solucione todos los problemas del hombre, que tenga su clero propio, estable y bien formado... La Iglesia es MADRE y no profesora...”

San Alberto Hurtado¹



FUNDACION

PADRE
HURTADO

Fundación Padre Hurtado
Almirante Barroso 20, Santiago. Chile.
www.padrealbertohurtado.cl

Prólogo

Hemos querido presentar la vida del Padre Hurtado como una fuente de inspiración profética para América Latina. Sin duda no es el único y han existido muchos más sacerdotes y obispos con una visión más allá de su tiempo que han inspirado los pasos del caminar del Pueblo de Dios concretizado en las distintas conferencias que ha tenido nuestro episcopado.

Alberto Hurtado es un santo de hoy, canonizado recientemente. Vivió hace poco, manejaba auto, tenía cuenta bancaria, teléfono y sin duda hoy estaría conectado a la internet. Hay cientos de calles, parques, colegios y sindicatos que llevan su nombre. En su país natal el número de seguidores es inmenso. Más de setenta mil jóvenes todos los años marchan a su tumba como símbolo de la vigencia de su mensaje.

El Congreso Nacional aprobó por unanimidad celebrar el 18 de agosto, día de su muerte, el Día Nacional de la Solidaridad, como el Patrono de esta virtud tan necesaria para nuestros países.

Para su canonización estuvo el Presidente de la República (agnóstico) que lo declaró “Padre de la Patria”.

La mención de estos títulos vienen probablemente por criticar insistentemente, como profeta de la justicia, la inmensa distancia entre ricos y pobres, que es tal vez el problema central de cada uno de nuestros países.

Para hacer frente a esto creó una conciencia solidaria y al mismo tiempo fundó la obra más grande de pastoral social, el Hogar de Cristo. Fue también el hombre que movió a miles de jóvenes a enrolar las filas de la Acción Católica y más de cien sacerdotes le deben a él su vocación.

Introducción

Alberto Hurtado falleció el 18 de agosto de 1952. No tuvo oportunidad de asomarse a la primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Río de Janeiro en 1955. No obstante, su mirada profética abarcó casi todos los grandes temas que se trataron en Río y en las Conferencias de Medellín y Puebla. Su presencia en Río se hizo sentir por mediación de monseñor Manuel Larraín, su amigo de toda una vida, quien cumplió en dicho evento un rol decisivo, resultando elegido segundo vice-presidente del recién fundado Consejo Episcopal Latinoamericano. Más adelante, en 1962, ya como presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), conducirá el proceso que culminará en Medellín.

San Alberto fue hijo de una época en la cual obispos y sacerdotes recién iniciaban el aprendizaje de “mirar lejos”, más allá de las fronteras de sus diócesis y países respectivos, para proyectar la tarea evangelizadora de la Iglesia teniendo como horizonte la región, América Latina toda entera.

Río de Janeiro constituyó un primer ejercicio de discernimiento realizado por el “Colegio” Episcopal y la fundación del CELAM, la mejor expresión del “sentir con la Iglesia” desde Río Grande hasta el Cabo de Hornos. Si Alberto Hurtado hubiera estado allí se habría transformado en uno de los líderes de este nuevo espíritu, verdadero signo de los tiempos.

La Providencia tenía sus propios designios y le confió la misión de evangelizar su patria, Chile, un país pequeño y apartado. Nuestro Santo no escatimó esfuerzos para remecer con su palabra y su testimonio el espíritu de tantos católicos somnolientos, exhortando en el nombre de Dios a abrir los ojos y el corazón ante la desigualdad escandalosa y la pobreza vergonzosa. Ya en 1941, rompiendo todos los esquemas y dejando asomar el espíritu libertario propio de su estirpe de profeta y santo, el Padre Hurtado no vaciló en preguntar: “¿Es Chile un país católico?” Estamos ciertos que si hubiera participado en Río habría hecho la misma pregunta a toda la región: ¿Es América Latina un continente católico?; ¿la catolicidad forma parte de la raíz cultural de Latinoamérica o es apenas un barniz superficial?

Las líneas que siguen pretenden mostrar a nuestros hermanos de América cómo el misterio de la comunión de los santos se verifica también en el hecho de que la visión y el espíritu de San Alberto Hurtado han acompañado el caminar de la Iglesia regional y continúan plenamente vigentes.

Tenemos además otro propósito: quisiéramos que San Alberto fuese conocido y apreciado más allá de las fronteras de su país natal. Su amor a la Iglesia sin fronteras, su entrega incondicional a los pobres, su pasión por Jesucristo, su cariño y respeto a su identidad sacerdotal le convierten en modelo e intercesor privilegiado para los católicos latinoamericanos. Qué hermoso sería oír a nuestros obispos suplicar en Aparecida: “San Alberto Hurtado intercede por tus hermanos latinoamericanos, comunicándonos tu amor por los pobres y tu fortaleza para dar hasta que duela”.

Río de Janeiro, 1955

“Si se viese a la Iglesia más comprometida en la solución de los problemas humanos, se podría esperar que hubiese más vocaciones, porque en realidad puedo atestiguar que la mayor parte de las vocaciones de estos últimos años han sido suscitadas sobre todo por el hecho de su responsabilidad social”

San Alberto Hurtado²

El gran tema de la 1^o Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Rio de Janeiro fue la escasez de sacerdotes, percibida como el mayor obstáculo para realizar la obra evangelizadora de la Iglesia conforme a la mentalidad de aquella época en términos de “defensa de la fe” y “conquista apostólica”. En verdad, la situación era muy delicada: un continente en plena explosión demográfica desafiaba a una Iglesia que apenas disponía de un sacerdote para cada seis mil habitantes como promedio estadístico, ya que en muchas regiones apartadas había sólo un sacerdote para cuarenta o sesenta mil almas. El desafío aumentaba por

los agudos problemas sociales, el avance protestante, la penetración del comunismo en la clase obrera, los intelectuales y las universidades; la presión de la masonería, la superstición y la práctica del espiritismo.

Ya en 1936 Alberto Hurtado había publicado un estudio, retomado en 1941, sobre la “Crisis sacerdotal en Chile”, señalando sus causas y esbozando una pastoral vocacional. Personalmente fue elegido por el dueño de la mies para invitar a muchos operarios no sólo a su propia congregación, sino también a las demás familias religiosas y al clero diocesano. Fueron tantos los que acudieron, que Hurtado se convirtió en un verdadero “pescador de hombres”.

La pesca a mar abierta arrastró asimismo a centenares y miles de jóvenes laicos produciendo una verdadera revolución en el mundo juvenil que asumieron la “*Consecratio Mundi*” como una misión confiada a ellos por Jesucristo: santificar las realidades temporales, la convivencia conyugal y familiar, el trabajo y el quehacer político y empresarial. En una palabra, forma discípulos y misioneros.

Unida a sus sacerdotes y pastores, esta generación de laicos comprendió que la evangelización, para ser integral, debía atender todas las necesidades humanas, lo que implicaba mejorar la vivienda, la salud, la educación.

Como asesor nacional de la Juventud masculina de

la Acción Católica (1941-1944) y durante toda su vida apostólica, nuestro santo jamás descuidó la formación del laicado. En medio de sus afanes cotidianos encontró siempre el tiempo necesario para impartir dirección espiritual, predicar Ejercicios Espirituales y animar círculos de estudio y así transmitir su experiencia de Dios y amor a Jesucristo.

Aunque la conferencia de Río no profundizó los problemas sociales de la época significó una primera toma de conciencia de la deplorable situación en que se hallaba sumida la inmensa mayoría de los obreros, campesinos y etnias originarias. La denuncia de este hecho intolerable estuvo a cargo de grandes líderes, como Dom Helder Cámara, Antonio Bogarín y Manuel Larraín Errázuriz.

Quien lea las ponencias previas y el documento final de Río de Janeiro y las coteje con los análisis y reflexiones de Alberto Hurtado constatará la estrecha sintonía entre su visión y la de los obispos latinoamericanos.

Antes de acabar este acápite recordemos la minuta presentada por el Padre Hurtado al Papa Pío XII en la audiencia privada que Su Santidad le concediera el 18 de octubre de 1947. Su visión de la realidad social, política y religiosa de Chile vale, *mutatis mutandis*, para describir la realidad de la mayoría de los países de América Latina.

La crudeza de su análisis anticipa los párrafos más mordientes de Medellín y Puebla. Más sorprendente aún es la libertad espiritual con la que expresa su convicción de que: *“Si se viese a la Iglesia más comprometida en la solución de los problemas humanos, se podría esperar que hubiese más vocaciones, porque en realidad puedo atestiguar que la mayor parte de las vocaciones de estos últimos años han sido suscitadas sobre todo por el hecho de su responsabilidad social”*.

La presencia de Alberto Hurtado en Rio habría enriquecido los planteamientos de la Conferencia, al subrayar que las causas de los problemas no son solo exógenas. A menudo están instaladas al interior de la propia comunidad eclesial. El cambio personal, la conversión del corazón a la justicia y la solidaridad deben comenzar y profundizarse primordialmente al interior de la propia Iglesia, en sus clérigos, sus laicos y sus propias instituciones.



Medellín, 1968

“Aunque parezca paradójico, es más fácil ser benévolo que justo, pero benevolencia sin justicia no salvará el abismo entre el patrón y el obrero, entre el profesor y el alumno, entre marido y mujer. Esa benevolencia fundada sobre una injusticia fomentará un profundo resentimiento”

San Alberto Hurtado³

No es tarea fácil situar la figura de San Alberto en una década tan convulsionada como la de los sesenta.

¿Cómo habría navegado el santo en medio de aguas tan turbulentas; qué impacto habrían producido en su persona el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín?

Creemos que si hubiese leído el documento final de Medellín, esbozando una amplia sonrisa habría exclamado: “Contento, Señor, contento” con este verdadero Pentecostés de nuestra Iglesia Latinoamericana. Contento con la denuncia de la injusticia social y de la

“violencia institucionalizada” que impedían a los excluidos liberarse de su miseria, provocaban frustración generalizada, despertando en muchos de ellos un ánimo revanchista que podía desembocar, como de hecho aconteció, en diversas modalidades de violencia “subversiva”.

Hurtado habría suscrito plenamente la denuncia profética de Medellín y con esa energía tan propia de su temple, habría rechazado la violencia que no es ni humana ni cristiana, de la que se sabe cuando comienza, pero no cuando termina.

Con entusiasmo habría adherido San Alberto a la postura ampliamente mayoritaria de los obispos de impulsar el cambio de las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, comenzando por una muy concreta: la reforma agraria, impostergable en un Continente en donde la tenencia de la tierra estaba altísimamente concentrada. En este caso era urgente corregir una situación escandalosa y desproletarizar “haciendo de cada proletario, un propietario”, según el decir de monseñor Larraín.

Un hombre de tan profunda vida espiritual, como nuestro santo, no hubiera podido sino concordar con la convicción expresada en Medellín de que el primer cambio que corresponde promover a la Iglesia es la conversión interior al Evangelio de Jesucristo, a la justicia y solidaridad. Esta transformación interior consti-

tuye la piedra angular de toda genuina transformación estructural.

Alegra el espíritu constatar que Medellín confirmó que la pobreza no elegida es un mal, una desgracia que hay que erradicar, atacando en sus raíces las causas que la provocan. Nunca más hablar de la bienaventuranza de los pobres sin hacer las distinciones pertinentes, superando ingenuidades paternalistas, propias de la mentalidad tradicional de la época.

Medellín formuló, además, un llamado al clero y a los laicos a compartir la pobreza de los pobres, cultivando un estilo de vida sobrio, sin lujos ni despilfarros, en el más genuino espíritu del Padre Hurtado que afirmó tantas veces que era necesario vivir con simplicidad para que otros pudieran simplemente vivir.



Puebla, 1978

“Quien a los pobres desprecia, a Cristo desprecia. La Comunión de los Santos no significa solamente la participación de todos los hombres de los bienes sobrenaturales, sino también una disposición a hacer todos los sacrificios que el bien de los demás me exija. San Pablo se consideraba deudor respecto a todos. ¿Nos hemos dado cuenta de que no hemos cancelado esta deuda?”

San Alberto Hurtado⁴

La tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Puebla de los Ángeles (México), a fines de enero y comienzos de febrero de 1979, es fruto del aporte de toda la comunidad eclesial latinoamericana que, con un entusiasmo y laboriosidad sin precedentes, se consagró con fervor a discernir “los signos de los tiempos”. Con razón, el documento final “La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” ha sido descrito como una catedral construida no solo por obispos y expertos, sino por una comunidad viviente. En esta obra maravillosa se integró el valioso aporte de Juan Pablo II, a quien correspondió inaugurar formalmente el evento de Puebla.

A casi treinta años de este encuentro y ubicados en la perspectiva de Alberto Hurtado, podemos afirmar que sus vigas maestras son la denuncia de la injusticia en todas sus formas (incluyendo el grave atropello a los derechos humanos) y la opción preferencial por los pobres del Continente, siendo esta última opción la que más impactó entonces y ahora. Dejemos hablar al mismo documento en un par de textos escogidos:

*“Vemos a la luz de la fe como un escándalo y una contradicción, **la creciente brecha entre ricos y pobres**. El lujo de unos pocos se convierte en un **insulto**, contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor la Iglesia discierne una situación de **pecado social**, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos”.* (N.28, las negritas son nuestras).

Si quitamos la categoría teológica de pecado social ampliamente aceptada hoy, pero que en Puebla asoma únicamente en dos oportunidades (NS. 28 y 487), todo lo demás podría provenir de la pluma de San Alberto. Ahora bien, si contemplamos “el mural de la pobreza”, cómo no evocar la figura del santo rescatando niños bajo los puentes y atendiendo ancianos en sus hospederías: *“Rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer... Rostros de jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad... Rostros de indígenas y con frecuencia de afro americanos que pueden ser considerados los más pobres entre los pobres... Rostros de campesinos privados*

de la tierra... Rostros de obreros mal retribuidos... Rostros de subempleados... Rostros de marginados y hacinados urbanos... Rostros de ancianos cada día más numerosos”.

Estos son los pobres de Jesucristo; los predilectos de Alberto Hurtado y ahora predilectos de la Iglesia latinoamericana y universal: *“Volvemos a tomar con renovada esperanza en la fuerza vivificante del espíritu la posición de la Segunda Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres...Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres con miras a su liberación integral”* (Nº 1134).

Puebla a su vez al tocar los problemas de los pobres hace también una referencia a los “constructores de la sociedad”, ya que ellos tienen la gran misión de construir una sociedad más justa, combatir la cesantía y extender el bienestar hacia todos. Una sociedad ojalá más equitativa.

Exultante de gozo, San Alberto habría comentado que nuestra primera obligación moral con los pobres es obrar la justicia, dando a cada uno lo suyo, especialmente a quienes no han recibido su porción por generaciones y con quienes la sociedad mantiene una deuda que debe saldar.

“La caridad comienza donde termina la justicia”, predicaba incansablemente Alberto Hurtado. Obrar la justicia es requisito indispensable de un amor verdade-

ro. Obrar la justicia social es tarea de toda la sociedad, de cada una de sus instituciones, de cada uno de sus miembros.

Esta tarea incluye la pronta atención de las necesidades más apremiantes de los pobres. Para ellos, Hurtado desplegó una amplia labor cuyo mejor emblema es el Hogar de Cristo.

Él salía en las noches a buscar niños abandonados bajo el río Mapocho y fue creando una red de asistencia de hogares de hospederías que se convirtió en la obra social más grande del país y dio origen a una cadena inmensa de solidaridad moviendo el corazón de todos los chilenos, llegando hoy a 600 mil los socios que mes a mes ayudan a su financiamiento.

Obrar la justicia supone ayudar a los trabajadores a organizarse para que tomen conciencia de sus problemas y obtengan poder de negociación. Con esta finalidad y contando con la bendición de Su Santidad Pío XII fundó la Acción Sindical Chilena (ASICH) que dio origen a la CLAT (Confederación Latinoamericana de los trabajadores).

Alberto Hurtado fue un incansable difusor de la Doctrina Social de la Iglesia, particularmente entre la clase empresarial chilena. Anticipándose al desarrollo de dicha enseñanza concibió a la empresa como una comunidad de personas, en la cual el recurso humano es el capital más valioso y en la que todos, trabajadores,

ejecutivos y dueños de la empresa, tienen una responsabilidad social ineludible que debe traducirse en un compromiso real con las necesidades de la comunidad. Pensamos que este llamado reiterado por la Iglesia no cayó en tierra árida y que como fruto maduro han florecido muchas iniciativas que muestran un crecimiento en la conciencia de la responsabilidad social empresarial.

Obrar la justicia supone una verdadera mutación cultural y un compromiso definitivo por parte de quienes Puebla llama “constructores de la sociedad”. Para contribuir al logro de esta meta, nuestro santo fundó la revista Mensaje, con el lema “un mensaje cristiano para el mundo de hoy”.

Hacer vida este anhelo es el mejor homenaje que podemos rendir a San Alberto y nuestra más preciada ofrenda a la Iglesia y a la sociedad latinoamericana.



Citas

“El Cristo histórico fue judío viviendo en Palestina en tiempo del Imperio Romano. El Cristo místico es latinoamericano del siglo XX, alemán, francés y africano... Es profesor y comerciante, es ingeniero, abogado y obrero, preso y monarca... Es todo cristiano que... aspira siempre a esto: a hacer lo que hace, como Cristo lo haría en su lugar.”

San Alberto Hurtado⁵

¹ *La Encarnación en Un disparo a la eternidad, retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado S.J.*; Ediciones Universidad Católica, 2002, p.128

² *Audiencia con el Papa Pío XII en Cartas e informes del Padre Alberto Hurtado S.J.*, Ediciones Universidad Católica, 2003, p. 201

³ *Humanismo Social*; Editorial Fundación Padre Hurtado, Santiago, 2004, p. 86.

⁴ *Humanismo Social*; Editorial Fundación Padre Hurtado, Santiago, 2004, p. 65.

⁵ *Nuestra imitación de Cristo en Un disparo a la eternidad, retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado S.J.*; Ediciones Universidad Católica, 2002, p.83

Oración por la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Señor Jesucristo,
Camino, Verdad y Vida,
rostro humano de Dios
y rostro divino del hombre,
enciende en nuestros corazones
el amor al Padre que está en el cielo
y la alegría de ser cristianos.

Ven a nuestro encuentro
y guía nuestros pasos
para seguirte y amarte
en la comunión de tu Iglesia,
celebrando y viviendo
el don de la Eucaristía,
cargando con nuestra cruz,
y urgidos por tu envío.

Danos siempre el fuego
de tu Santo Espíritu,
que ilumine nuestras mentes
y despierte entre nosotros
el deseo de contemplarte,
el amor a los hermanos,
sobre todo a los afligidos,
y el ardor por anunciarte
al inicio de este siglo.

Discípulos y misioneros tuyos,
queremos remar mar adentro,
para que nuestros pueblos
tengan en Ti vida abundante,
y con solidaridad construyan
la fraternidad y la paz.

Señor Jesús, ¡Ven y envíanos!

María, Madre de la Iglesia,
ruega por nosotros.
Amén

